

El beso

Iris Romero Bermejo



Capítulo 1

EL BESO

Estoy en mi bar preferido esperando a que lleguen mis amigos. Mis amigos y la chica de la que estoy enamorado, hecho que me temo no es recíproco. La conozco desde que somos pequeños, yo siempre pendiente de ella y ella siempre pendiente de los demás. Quizá algún día me atreva a confesárselo, pero no creo que sea hoy.

Vaya, es extraño, están tardando mucho. Miro mi refresco, aún completo. De repente me doy cuenta de que tengo una sed tremenda, pero estoy tan cansado que no soy capaz de alargar la mano y dar un trago. Será por la paliza que me he dado esta mañana con la bici por la Sierra.

—¡Adrián! ¡Adrián! —grita alguien justo detrás de mí.

Giro la cabeza y veo que es ella.

—Me has dado un susto de muerte. Es horrible, horrible...

—¿De qué estás hablando? —pregunto inquieto. Me acomodo en la silla, sintiendo los músculos doloridos y agarrotados.

—Dios, no es posible, no... —gimotea casi en silencio.

Quiero consolarla entre mis brazos, pero el temor a que mi contacto sea rechazado me frena. Seguro que es su último ex, que está de nuevo persiguiéndola para que vuelva con él. Solo pensar en ello me provoca taquicardia.

—Ruth, por favor, si no me dices que te pasa no te puedo ayudar —digo con el corazón en un puño.

No soporto la imagen de su preciosa cara envuelta en lágrimas, con los hombros temblorosos y la angustia reflejada en sus ojos. Como sea otra vez el gilipollas ese juro que le parto la cara.

—Adrián, tengo que contarte una cosa, y aunque no es el mejor momento, quizá no haya otro. ¿Me estás escuchando? Dime que lo entiendes, o lo que sea...

Deja de hablar porque un sollozo la interrumpe, pero antes de que pueda contestar que sí, que siempre escucharía cualquier cosa que me quisiera

decir, ella continúa:

—Eres lo más importante de mi vida, lo único que tiene algo de valor para mí en este mundo sin sentido. No puedo soportar la idea de perderte...

Me quedo helado, petrificado. Mi pulso empieza a subir acelerado y los latidos de mi corazón se desbocan, taladrándome los tímpanos con su compás frenético. ¿Me quiere? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—No me voy a ir a ninguna parte —le aseguro con dulzura.

Llevo esperando este momento mucho tiempo, y sin embargo, me siento incapaz de actuar, de tocarla.

—Anda, deja de llorar, por favor.

No me contesta, sigue llorando y maldiciendo casi en silencio:

—Me da igual lo que me digan, estoy segura de que me escuchas, de que entiendes mis palabras.

—Pues claro que te escucho, siempre lo he hecho —me defiende con rapidez, preguntándose quién le habrá dicho algo malo de mí.

Nadie sabe lo que siento por ella, pero tiene muchos pretendientes, y la mayoría de ellos siempre han sentido celos de nuestra relación de amistad.

—Verás, me da mucha vergüenza decir esto, pero si no lo hago me arrepentiré el resto de mi vida...—para y se suena la nariz con un pañuelo. Espero ansioso, con la cabeza algo atontada y con la respiración agitada—. Te quiero. ¡Es que te quiero tanto! ¿Por qué he esperado tanto tiempo? ¡Soy una estúpida! ¡Una completa estúpida!

—No eres estúpida, eres... —me quedo sin palabras, incapaz de explicar ese sentimiento tan profundo que me hace verla como a una maravilla de la naturaleza, un ser donde hasta sus defectos son virtudes. Quiero corresponderla, confesarme ante ella, pero tengo algo en la garganta que me lo impide. Es una presión que empieza en el estómago y llega hasta los labios.

—Pero supongo que ya da igual... —se lamenta para sí.

¿Cómo que ya da igual?, pienso desesperado.

—¡Yo también te quiero! —intento gritar. Por algún extraño motivo parece que no me oye, como si no fuera capaz de hacer llegar mi voz hasta ella—. ¿Me has oído? ¡Te quiero! La estúpida no eres tú, soy yo. He sido

un cobarde durante años.

Me inclino en la silla para sujetarle las manos, para transmitirle mi calor, pero cuando lo hago no siento nada, no tengo sensibilidad en la yema de los dedos.

—Lo único que sé es que jamás me arrepentiré de esto... —susurra muy despacio. Se acerca lentamente a mí, como si le diera miedo hacerme daño y con suavidad, como en un suspiro, posa sus labios en los míos. Al principio apenas noto su calidez, pero poco a poco va otorgándole más fuerza, hasta que me deja los labios algo doloridos—. Siempre te querré... ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Despierta!

¿Cómo que despierta?, pienso confundido en una nube de inmensa felicidad.

Me levanto para besarla, pero mis piernas me fallan, y cuando pienso que me voy a caer, siento que estoy tumbado. Enfoco mi vista para buscarla, pero no veo nada. Agudizo el oído y la escucho llorar a mi lado. ¿Qué está pasando? ¿Por qué no puedo moverme? ¿Qué es ese ruido, esa máquina? ¿Por qué estoy escuchado mi corazón?

—Por favor, Adrián, no te mueras... ¡Tienes que despertarte!

Entonces, como si me dieran un bofetón, las imágenes me asaltan recordándolo todo.

Iba en la bici por la carretera de la Sierra. En una curva perdí el control y me choqué contra el quitamiedos. Noté cómo el casco salía volando por los aires, dejando mi cabeza a merced del asfalto. A partir de ahí no recuerdo nada más, solo una voz desconocida dando mis datos, lo sucedido, la evaluación, el daño cerebral, el coma...

Me dejo llevar por el pánico, luchando por mover un cuerpo que no responde, haciendo una fuerza sobrehumana para mover un párpado sin resultado, y las sensaciones hasta ahora adormecidas me invaden. Un dolor tan intenso que me paraliza, que me impide pensar. Mi corazón se desboca, pierdo el control...

—¡No! ¡Adrián! ¡No me dejes! —escucho que suplica Ruth en la lejanía.

Pi, pi, pi, pi, piiiiiiiiiii

La puerta se abre y escucho pasos atropellados, carreras, *"le estamos perdiendo", "se nos va", "señorita, tiene que salir de la habitación"...*

"Le hemos perdido".

Mi corazón se para, la máquina deja de sonar, y yo solo pienso en lo que me ha dicho Ruth. Si salgo de esta podré disfrutar de su compañía, de su risa contagiosa, de sus manos tan suaves, de su olor...

¡Maldito seas Adrián!

¡Lucha por una vez en tu vida!

¡Lucha por tu vida!

Una sensación de ingravidez me va invadiendo, adormeciendo mi dolor, mitigando mi ansiedad... Si esto es lo que significar morir, aún no estoy preparado, pienso con rabia, con desesperación. Me aferro al dolor, me concentro en seguir unido a este cuerpo magullado, a esta vida casi siempre sin sentido.

Poco a poco vuelvo a notar la garganta, invadida por un tubo que respira por mí, los labios resecos me molestan, pero mi pecho se hincha de felicidad al notarlos, y la vía que llevo en la mano me parece un regalo del cielo.

Con un esfuerzo agotador abro los ojos. Hay más de diez personas a mi alrededor, pero no veo a la única que me importa. Quiero preguntarles dónde está, pero mis labios aún no me obedecen.

Mi mirada debe valer por mil palabras, porque una enfermera jovencita se acerca y me susurra al oído:

—Tranquilo, tu chica está fuera. Te ha hecho compañía día y noche durante estos quince días, incluso cuando pensábamos en lo peor. ¿Y sabes qué? Ya hay más de un enfermero celoso de una chica que quiera tanto a su novio. Pero yo también me siento un poco celosa, porque pocos han sido capaces de despertarse del coma solo con un beso.